

N

O

T

A

S



Ciprés madre, calvario de Alloza. Acuarela expresamente realizada por la artista zaragozana Ángeles Felices con motivo de la celebración de la II Fiesta del Árbol Comarca Andorra-Sierra de Arcos.

II FIESTA DEL ÁRBOL COMARCA ANDORRA-SIERRA DE ARCOS

M.^a ÁNGELES TOMÁS OBÓN

TÉCNICO DE CULTURA Y TURISMO DE LA COMARCA ANDORRA-SIERRA DE ARCOS

El 26 de abril de 2014 se celebró en Alloza la II Fiesta del Árbol Comarca Andorra-Sierra de Arcos. La primera edición nos había reunido en Ejulve, en torno al árbol que con casi toda seguridad podemos afirmar que es el más anciano de nuestra comarca: la sabina albar de la Valredonda.

Nuestra comarca atesora un gran número de árboles que pueden ser catalogados como árboles singulares y monumentales. Una riqueza que se quiere hacer visible con la esperanza de que mañana, de este patrimonio, no conservemos solo el recuerdo y la añoranza. Se pensó que una buena forma de dar a conocer y despertar el amor y el respeto por estos árboles en particular y por nuestros bosques en general era la celebración de una sencilla fiesta: la Fiesta del Árbol Comarca Andorra-Sierra de Arcos.

La fiesta nació con espíritu nómada, al objeto de ir recorriendo la contornada homenajean-do de año en año árboles singulares de cada uno de los municipios. Por eso la II Fiesta del Árbol se celebró en Alloza, en torno a los cipreses del Calvario, un conjunto de más de 100 ejemplares que se encuentra entre los más longevos de la península.

Y también nació con un sentido popular y participativo. Así, uno de los actos centrales de la fiesta es el recital poético a la sombra de los árboles homenajeados, en el que se invita a participar a todos aquellos que quieran rendir culto al árbol recitando sus poemas, pensamientos, canciones...

En esta segunda edición fueron varios los que se animaron a escribir, tanto es así que se ha editado una separata, distribuida con el *Boletín de Cultura e Información (BCI)* n.º 24, que con el título *Literatura en rama* recoge los escritos originales que se leyeron bajo el ciprés madre el día de la fiesta. Escritos que también publicamos en estas páginas.

Empezamos con dos poemas de José Ángel Aznar, andorrano, bibliotecario y poeta, miembro de la asociación cultural Las Masadicas Royas, asociación que organiza el recital poético *Puerta de los vientos*, que se celebra desde hace varios años en Andorra. Le siguen los pensamientos de Fernando Fueyo, conocido como “el pintor de cámara de los árboles”, que participó en los actos de esta segunda fiesta, además de leyendo su escrito, con su magnífica exposición de acuarelas de árboles monumentales de toda España. Andrea Martínez, una joven alumna del IES Pablo Serrano, muy aficionada a la escritura, participa con un relato dialogado entre un abuelo y su nieto. Fernando Aínsa, escritor, residente en Oliete y colaborador habitual del centro de estudios locales, dedica a los cipreses del calvario un poema. Y para finalizar, un cuento de Mariano Martínez Luque, escritor, socio del centro de estudios locales y también socio de Las Masadicas Royas.

RAÍZ DE SANGRE

JOSÉ ÁNGEL AZNAR GALVE

Fulgor de luz. El aire roza
Las finas ramas
De las almendreras, verdes aún, que
Esconden, sin saberlo, el tesoro candente de la brasa.

El silencio acurrucado del atardecer
Se torna transparente a la mirada,
Y hasta la erguida sabina
Parece que se calla.

Escrutando las raíces que en el cielo
Los olivos levantan,
Late mi corazón con raíz de sangre
Que en la tierra se sumerge.

OSAMENTA RESECA

JOSÉ ÁNGEL AZNAR GALVE

Cuando terminan claudicando los viejos olivos
Hartos ya de ramas secas y no dar cobijo a los estorninos,
Sin esperar a las manos que los amputen,
Sin añorar las embestidas del arisco cierzo,
Lanzan una cadenciosa música sin hojas,
Crujen con toda su osamenta de madera,
Derraman unas lágrimas de savia todavía.

Cuando estallan sus troncos por el aire
Todos confirmamos que algo bello fenece.

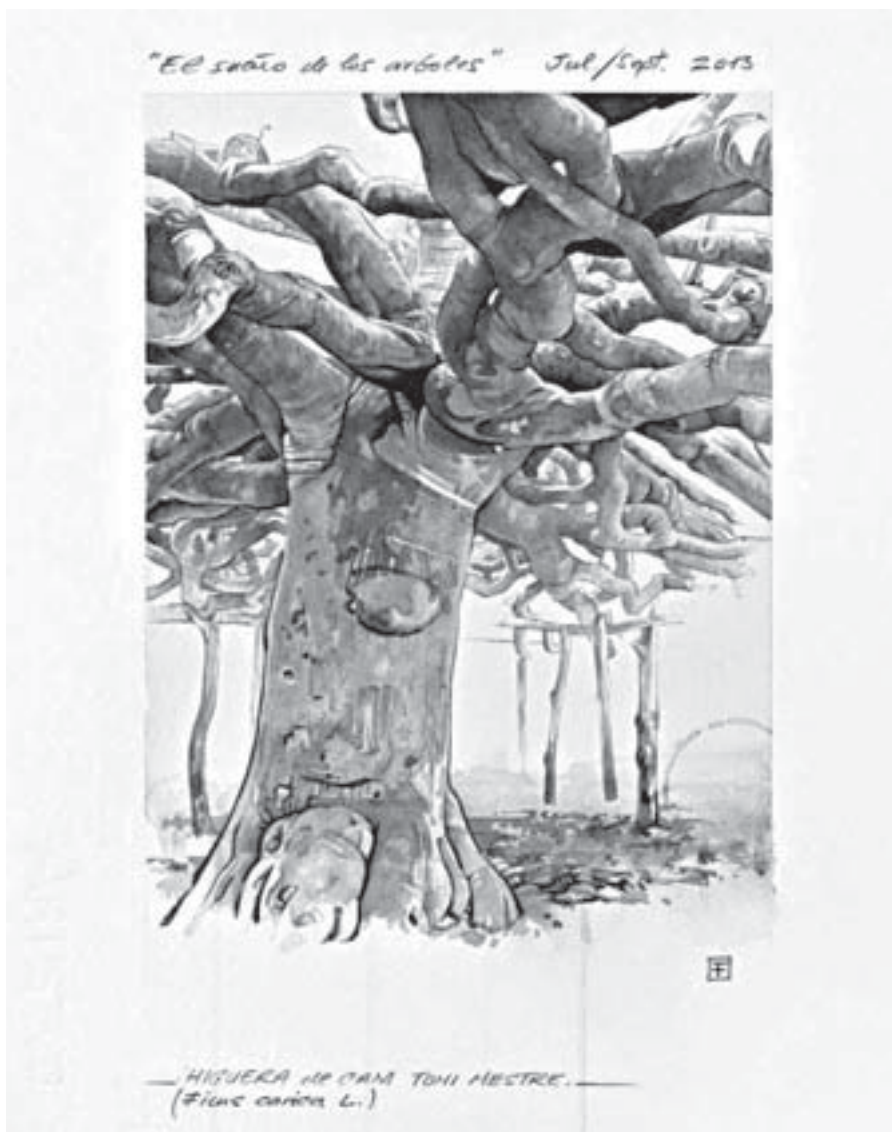
LOS BOSQUES QUE SUSPIRAN LOS SUEÑOS

FERNANDO FUEYO

Los árboles de mi aldea que deleitaron mis correrías cuando de niño avivaba mis sentidos. Al bosque que aún perdura en mis sueños y donde todavía puedo oír la voz y la solemne quietud de seres fijados en armoniosos y luminosos tapices. Allí donde aprendí a no ser un extraño y donde todo tenía sentido y armonía. Ellos han tejido en mi interior una delicada e invisible red que aún perdura y me acompaña.

Recuerdo con emoción los árboles que marcaron mi infancia y que luego, a través del tiempo, sin importar el lugar, serían mis compañeros de viaje. El bosque mixto y colorista de las Mañangas, que adornaba el pequeño racimo de casas al pie de la Sierra del Cuera, compone un mosaico donde mis juegos tenían lugar. Los cuentos y leyendas eran algunos de los ritos que mi abuela, al calor del llar, nos trasladaba sobre los peligros, pero también sobre los beneficios que aportaba conocer el mundo natural donde vivíamos. Sucedió esto siempre al anochecer y en las largas noches de invierno. Preludio de un sueño dulce y placentero.

A mi memoria acude el viejo nogal, junto a la pequeña escuela rural, que nos animaba a subir y contemplar el entorno desde las ramas altas. Todo un curso iniciático, desde donde aprendimos a tejer los sueños.



Acuarela de la exposición *El sueño de los árboles*, que pudo verse en Alloza durante la celebración de la Fiesta del Árbol, compuesta por 20 acuarelas realizadas por el artista Fernando Fueyo como homenaje a otros tantos árboles monumentales de España.

Tendido de espaldas sobre la alta hierba y exhalando el aliento perfumado de acacias y tilos jugaba a dibujar las formas de las nubes; a oír también la voz grave del viejo roble acompañado del poderosos salto del viento entre sus ramas retorcidas; a sentir el suave y delicado murmullo de los sauces en la ribera de un pequeño río bullicioso y cantarín. El enorme castaño floreciente coronaba nuestra frente con sus flores a modo de diadema, marcando el principio y el fin, el límite del mundo cuando era niño. Otro castaño de igual porte y edad, con sus abultadas y huecas barrigas, nos invitaba a su oquedad cuando la lluvia nos sorprendía, lo que era habitual.

Como antesala del bosque percibíamos el olor de los endrinos y del musgo, de la higuera con sus frutos y fragancias que indicaba el sendero hacia lo nuevo; pinceladas rojas del bonetero; frescor en los soberbios fresnos; majestuosidad y belleza de las hayas; alguna sobria encina revestida de solemnidad y la explosiva tonalidad de cerezos y abedules en otoño. Descubríamos también en las jóvenes ramas del saúco los dulces sonidos de la flauta, de las hojas del laurel un sonido chirriante y del avellano las pequeñas horquillas para confeccionar gomereros (tirachinas). Cada día asistíamos a todo un despliegue mágico, grandioso e irreplicable. Todo se convertía en un gran espacio de juego y conocimiento. Tiempos alegres y felices.



Otra de las acuarelas de la serie *El sueño de los árboles*, de Fernando Fueyo.

Siento ahora, muchos años después, cómo la magia desaparece, igual que la fayona de Eiros (declarada Monumento Natural protegido). Un mal viento la ha derribado por la escasa atención y los pocos cuidados de los que tenían la función y el deber de atenderla. Nos hurtan la belleza, el color, la luz y la vida. Y en su lugar crece el hormigón. Tiempos tristes.

Los recuerdos acumulados me agitan en fantasías que se aferran ahora en mi revuelta mesa de trabajo. Mientras, de fondo, la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven compone un cuadro de la vida campestre. Bellos sentimientos.

EL CORAZÓN DEL ROBLE

ANDREA MARTÍNEZ

Caminaba junto a él, mientras el único movimiento que osaba perturbar la calma del camino era el suave balanceo de nuestras manos entrelazadas. Él repasaba los pliegues de las mías, ya arrugadas, con la yema de sus dedos y observaba absorto el suelo.

—Mira si camino lento que el polvo apenas ensucia mis zapatos nuevos.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Por eso miras tanto hacia el suelo?

—No, no es eso. —Dijo pensativo, frunciendo el ceño y buscando en su mente las palabras adecuadas para proseguir la conversación.

—¿Y entonces?

—Simplemente estaba pensando en cosas.

—¿Y son cosas que puedas confesarle a tu viejo abuelo? —Sonreí, guiñándole el ojo.

—Puede, pero son un poco extrañas.

—En la vida todo es extraño, Hugo. Venga, cuéntame.

—Me preguntaba de dónde vienen las personas. —No pude evitar sonrojarme.

—¿Tu madre no te lo explicó ya?

—Sí, pero creo que debe de haber algo más.

—No te entiendo.

—Si yo salí de su interior, ¿de dónde viene ella?

—Pues, de tu abuela, ya sabes.

—Sí, pero... —No le vi completamente seguro. Tal vez su madre no debía de haberle explicado tan bruscamente el misterio de la vida. O tal vez tenía razón, hay algo más.

—Verás, ¿ves aquel árbol de allí?

—¿El roble, abuelo?

—Ajá, el roble.

—¿Qué pasa con él?

—Creo, Hugo, que él podría contarte mejor que yo de dónde venimos las personas. Tal vez incluso se atreva a contarte de dónde viene él mismo.

—Vamos, abuelo, no digas tonterías. Los árboles no hablan.

—No con palabras. —Me acerqué un poco más al roble. Y le sonreí, embriagado de una felicidad infantil, pero melancólica al mismo tiempo—. Verás, Hugo, déjame tu mano.

—Pasé su diminuta mano por la superficie del tronco.

—Lo siento abuelo, pero no escucho nada.

—Hugo, para escuchar los sentimientos hay que cerrar los ojos. —Y así hizo el pequeño.

—¡Vaya! Es áspero, pero cálido.

—¿A qué te recuerda?

—Las grietas del tronco parecen las arrugas de tus manos.

—Tienes razón. ¿Crees que el árbol está triste?

—Pero...

—Sh, no digas nada y cierra los ojos, confía en mí. —Volví a ver en su rostro el fruncimiento de cejas, esta vez desde una perspectiva más cercana.

—Abuelo...

—¿Sí?

—El árbol se siente muy triste. Y viejo. Muy viejo. Dice que está solo. Dice que quiere que le abracen.

—Pues hazlo. —El pequeño rodeó con sus cortos brazos la envergadura del tronco.

—¿Cómo se siente ahora, Hugo?

—No dice nada. Pero creo que está feliz.

—Tal vez le hayas recordado el calor que se siente cuando alguien te abraza. Y tal vez recuerde más cosas que una vez ocurrieron. —Hugo se apartó repentinamente del árbol, y su semblante se tornó triste, confuso, furioso.

—¡Deja de decir tonterías, abuelo! Los árboles no hablan, ni sienten, ni recuerdan. Son plantas.

—¿Eso crees? Mira su tronco. ¿Qué diferencia existe entre mi piel y la corteza? Ambas arrugadas, cansadas por el paso del tiempo. ¿Y acaso no hay heridas abiertas aún en la madera? ¡Observa mis brazos! Heridas, Hugo. ¡Cicatrices! Detente más de cerca y aprécialo. ¿Ves tallado el corazón en la parte superior? Yo tengo corazón, Hugo. Tú también lo tienes. ¿Y mi cabello? Es blanco, apagado, anciano. ¿Cómo son las hojas del roble, Hugo? Pronto caerán, también ancianas y vencidas por el viento. ¿Es que no entiendes qué te intento decir? Hugo, los árboles no hablan, por supuesto que no. Pero este roble tiene tanta historia como la que yo viví, como la que algún día vivirás tú. Solo si te fijas en las marcas talladas en su cuerpo inerte, en las hojas caducas, en sus ramas elevándose hacia el cielo, observarás cómo desea vivir. Él te contará de dónde venimos. Venimos de la casualidad más caprichosa, inefable y hermosa. Nadie sabe con exactitud nuestra procedencia. Pero mira a tu alrededor, Hugo. ¿Acaso no sientes ganas de cantarle a la vida? ¿Acaso no deseas abrazar el viento, besar las flores, morder las nubes? Quiero decir, ¿acaso no es este roble un ser formidable? Hugo, no te cuento tonterías. Tan solo siento, siento y me dejo llevar. Por eso hablo con los árboles, ellos son tan viejos como yo. Ellos me comprenden, están acostumbrados a la soledad, a la inmovilidad, y aún así alzan sus ramas hacia el cielo azul, con la esperanza de alcanzarlo. Yo puedo alcanzarlo, Hugo. Puedo desprenderme de la tierra en

cualquier momento, puedo evadirme y dejar de sentir dolor. Tú también podrás. —Hugo me interrumpió (o tal vez fueron mis sollozos).

—Abuelo, ¿por qué lloras?

—Siento pena, pequeño.

—¿Por qué sientes pena?

—¿Ves el corazón tallado en el tronco? Es el corazón que hice cuando conocí a tu abuela.

—¿La echas de menos?

—Claro. Todos los días de mi vida desde que decidió desprenderse de la tierra, como lo hacen las pequeñas motas del diente de león cuando el viento sopla. ¿Entiendes ahora por qué en ocasiones los árboles no son simples plantas? Este viejo roble lleva viéndome crecer desde que tenía tu edad, guardó el secreto de mi primer y, por desgracia, último amor... ¿Quieres un consejo, Hugo? Durante tu vida, respeta todo aquello que te rodea sea lo que sea. No sabes el secreto que puede guardar en sus entrañas. —Hugo se abalanzó sobre mí, abrazándome.

—Ahora entiendo todo, abuelo. Al igual que el roble, te sientes solo, pero tan solo necesitas un poco de ilusión para que tu alegría vuelva a florecer.

CÓMO ASCENDER EN VERSOS EL CALVARIO DE ALLOZA

FERNANDO AÍNSA

Después de tantos cipreses celebrados por la poesía
¿cómo ascender en versos el Calvario de Alloza,
cómo encontrar nuevas metáforas
con que abrazar sus troncos centenarios?
Pienso en el “enhiesto surtidor de sombra y sueño”,
ese “ejemplo de delirios verticales”
descubierto en Siles por Gerardo Diego;
en ese “ciprés compañero del hombre en el tiempo
donde el ave de los vientos
hace suya la eternidad”,
cantado por Francisco Azuela;
esa “adarga sideral inofensiva
que prende a los luceros dormitando”
que lanzara Nicolás de la Carrera;

pienso también
en el triste anuncio de Borges
“el árbol de mi muerte era un ciprés”.

Son muchos los poetas inclinados reverentes
ante su elegancia y silueta
en alamedas perdidas en la lejanía,
en ermitas y camposantos,
haciendo de su natural señorío
árbol símbolo de la memoria y la nostalgia.

Quisiera hoy ascender
el Vía Crucis del calvario de Alloza
con la modestia de un peregrino
que renuncia a su propia vida
y hace del asombro
ante los nervios de troncos añosos y retorcidos
fuente de inspiración y renovados versos.

No los cuento,
pero dicen que son más de doscientos
los que pueblan la ladera enjardinada
de este monte con historia.
Entre estos cipreses que reclaman poesía
está el Ciprés Madre de 500 años
con quince metros de altura,
señoreando sobre las almas
y la pasión contenida del que busca
sosiego y paz perdidas en la llanura.

Vano esfuerzo
—me digo apesadumbrado—
al cabo de este Vía Crucis
del camino empedrado con rotas ilusiones.
Sin embargo, la mirada hacia el horizonte dilatado,
el susurrar del viento entre las ramas,
el cimbrear de su copa
el lejano canto de los pájaros,
renuevan la esperanza en el tiempo
con que este Calvario nos ha dado
el mejor consuelo y testimonio
de nuestro pasado.



Vista del calvario de Alloza. Acuarela realizada por Ángeles Felices, que sirvió de motivo para un marcapáginas conmemorativo de la II Fiesta del Árbol.

SIEMPRE ENTRE LOS ÁRBOLES

MARIANO MARTÍNEZ LUQUE

En aquella habitación blanca, entre olor a medicinas, mientras yo dormitaba en la butaca de escay, escuché que me hablabas de los tiempos de mi infancia. De aquel ceceo enfermo, que en el jardín de Begoña expiraba también sus días mostrando un tronco agrietado, retorcido y seco. Recordé contigo aquellos últimos brotes verdes, sin apenas hojas, de este árbol cansado y viejo; o los de aquella parra joven, de uvas alargadas, de cojón de gato, que se entrelazaba con él, como si fuese una amante, tan presumida y voraz, que iba ocupando toda la pared y parte del entrelazado de guitas que tú colocaste de un extremo a otro de aquel techo abierto al cielo en aquel corral poblado de gallinas, gansos, pavos y conejos. Por allí, en los días soleados penetraban ráfagas de luces palpitantes y doradas entre los huecos que dejaban las anchas hojas de esa parra mientras las lagartijas de cola roja subían a buscar el sol en los tejados de uralita. En ese mismo patio, y entre otros variados tonos de luz, trascurrían lentamente los días en todas las estaciones del año. Con estas descripciones, nostálgicas y bucólicas, me recordaste también al membrillero alto con porte de ogro y traje de felpa verde del corral de la Librada, por donde subía la gata de Juan en las noches de luna para llamar a las ánimas, como decía el abuelo; y al albarcoque-ro pequeño del corral de Romualdo, aquel aparente elfo enano que, para mí, en la tardes de junio exponía entre sus manos sus frutos deliciosos para ofrecérnoslos como si fuesen pasteles de boda, resaltando sus colores rojizos, anaranjados y blancos.

En la habitación blanca de aquel hospital, en la ciudad de Alcañiz, entre el sonido de los coches y el murmullo de la gente en los pasillos, te seguí observando, mi querido padre, a veces de pie y a veces sentado, mientras volvías otra vez a narrar tu vida en retazos cor-



tos. En todas las ocasiones, describías en murmullo, siempre en murmullo, todas esas vivencias de tu tierra lejana, allá en el sur; y siempre el paisaje, el paisaje de aquella sierra, aparecía en mi recuerdo, el paisaje entre las sombras de los fantasmas del tiempo. El camino de los huertos plagado de bancales y nogales viejos, los campos de la vega donde murmuraba aquel castaño amores de otro tiempo con grabados de navaja en su tronco inmenso; el camino de Fuente Santa hacia el Chimeneón rojizo en la antigua fragua de las minas de plata, donde se alzaban las alamedas o los olmos blancos junto al cauce del río Barrio.

En la habitación blanca de tus últimos días, el paisaje de tu tierra (y también de la mía) quizá fue inevitable que se repitiese en tus palabras, una y otra vez, entre silencios y toses, como una letanía: “El chisco de San Antón con su gorrilla y tooo”, en la noche nevada de aquel enero, ¡tan frío! Ramas y más ramas de los chaparros del monte ardían en las puertas donde se reunían los vecinos. “El chisco de San Antón, con su gorrilla y tooo...”, gritabas tú también al aire serrano mostrando tu calva roja y tu alegría del vino al desprenderte de tu boina en un saludo teatral, como el de los duendes del bosque que se describían en los cuentos de la biblioteca de don Camilo, mi maestro. Con el crepitar de las ascuas, la hoguera lanzaba destellos, rojos intensos de fuego, mientras en el cielo, la luna iluminaba los campos, mientras entre la nieve y la bruma emergían los almendros, los sauces llorones, las moreras peladas y los cipreses del cementerio.

Otra vez los árboles, siempre los árboles, como si fuesen silenciosos seres de cuento, volvían a estar allí, en la memoria tuya, y también en la mía, aparentemente cercanos y accesibles, también en esos, tus últimos momentos, mientras a través de la ventana escuchabas, como yo lo escucho ahora, este sonido del viento, este cierzo de Aragón, que movía, levemente, las hojas de los árboles en la avenida.